

## Stranger Nightmares by Iszeth

**Category:** Little Nightmares (Video Games), Stranger Things (TV 2016)

**Genre:** Adorable Dustin Henderson, Adorable Mono, Alternate Universe, Alternate Universe - Canon Divergence, Character Death, Eleven best mom, F/M, Little nightmares hurt my heart, Little Nightmares II Spoilers, Mono deserves happiness, Mono is a cute boy, Protective Dustin Henderson, Protective Eleven | Jane Hopper, Protective Mono

**Language:** Español

**Characters:** Dustin Henderson, Eleven | Jane Hopper, Jim "Chief" Hopper, Lucas Sinclair, Mono (Little Nightmares), Six (Little Nightmares)

**Relationships:** Eleven | Jane Hopper & Jim "Chief" Hopper, Eleven | Jane Hopper/Dustin Henderson, Mono & Six (Little Nightmares), Mono/Six (Little Nightmares)

**Status:** In-Progress

**Published:** 2021-04-06

**Updated:** 2021-04-06

**Packaged:** 2022-04-01 01:54:39

**Rating:** Teen And Up Audiences

**Warnings:** Graphic Depictions Of Violence

**Chapters:** 2

**Words:** 4,786

**Publisher:** archiveofourown.org

**Summary:**

Eleven perdió casi todo en el pasado. El amor de su vida, sus amigos, incluso casi a Jim, su padre. A sus treinta, siendo la jefa del departamento de policía de Hawkins como un medio para proteger la delgada realidad que todavía está entretejida con otras dimensiones, empieza a tener sueños extraños.

Visiones de dos niños, como lo fue ella, con nombres de número, sumidos en un mundo extraño, diferente al mundo oscuro que ella conocía, pero tanto o más tenebroso que éste.

Esos niños con los que empatizó y tratará de ayudar a toda costa, como Jim lo hizo con ella.



# 1. Chapter 1

## Author's Note:

No sé, sólo esto se me ocurrió al darme cuenta de que Eleven tenía ciertas cosas en común con Mono y Six. Un poco de esperanza para que nuestros niños, en especial Mono, tenga un final feliz.

Eleven había perdido mucho esos años. Demasiado, cualquiera que supiese sobre su vida lo diría sin dudar.

Uno a uno sus amigos se perdieron en la distancia, crecieron, se cansaron, murieron... Incluso cuando ella encontró de nuevo a su padre en esa base soviética que le costó más de lo que pudo aceptar, al amor de su vida que dio su vida por ella.

¿Cuántos años habían pasado ya? Su cuerpo había cambiado lo suficiente como para considerarse una adulta, y su padre, su adoración, fuese considerado un abuelo.

Todo cambió en el tiempo al igual que ella; llegó la época de lo inalámbrico, esa tecnología que temía interfiera con ese otro mundo terrible y las criaturas que resguardaba.

A sus treinta y dos años, la familia de Eleven había permanecido igual que la última vez que salió de Hawkins. Ese lugar maldito que la había encadenado como guardiana debido a su promesa, a las últimas palabras que escuchó de Mike sobre no permitir que la puerta volviera a abrirse.

Su rutina de siempre después del trabajo en la comisaría como actual jefa del departamento, era volver a casa para encontrar a un viejo Jim esperándola en ese antiguo sofá azul de siempre, ya desteñido por los años. Había sido uno de los primeros muebles que Eleven había cambiado cuando obtuvo su primer cheque, luego de los

sucesos traumáticos que habían unido a padre e hija mucho más que antes.

El zumbido de la televisión vieja de Jim debido a su mala recepción era una constante que parecía un arrullo más que una molestia a esas alturas. Por supuesto, Eleven se había ofrecido a pagar tv por cable e incluso comprar una de esas televisiones nuevas de pantalla plana que empezaban a llenar el mercado, sin embargo su padre era tan testarudo como siempre y sólo recibía constantes negativas al respecto debido a que el único que usaba aquel aparato era Jim.

En efecto, Eleven tenía suficiente con sus asuntos como para no tener mucho tiempo libre; en los últimos tiempos Hawkins se había llenado de pequeños delincuentes juveniles que azotaban las calles con sus productos ilegales y adulterados, usando como bases las granjas abandonadas e incluso algunos habían roto el acordonamiento de la vieja planta dónde la habían mantenido cautiva en su tierna infancia.

Si, las cosas habían cambiado mucho en veinte años, y seguirían cambiando; zumbantes y locas, sumidas en la globalización y el frenesí que en los últimos tiempos marcaba el ritmo del mundo.

Eleven tenía bastante con todo aquello nacido de la naturaleza del cambio en la sociedad a la que pertenecía, además de estar alerta a las cosas silenciosas que se deslizaban en la noche y lo oculto, en las dimensiones entrelazadas que reptaban alrededor de la brillantez del mundo humano, ignorante de los depredadores que acechaban en la oscuridad más oscura de la noche silenciosa.

Y no, no sólo se trataba de lo que había enfrentado durante los años previos de su adolescencia; había descubierto que en las capas del entramado universal que fluctuaban como olas al unísono junto al mundo que ella conocía, había más entramados; como los de una vieja frazada tejida por una abuela, unidos por hilos fuertes y únicos que apenas se tocaban, en un equilibrio delicado que no debía rasgarse.

Colocó las bolsas de la cena que había comprado antes de llegar a casa sobre la barra de la cocina luego de saludar a Jim y oírlo quejarse sobre los vecinos nuevos que compraron gran parte de la granja de unos viejos conocidos. Ya no había muchos en Hawkins que

vivieron durante la época de las cosas locas, y los pocos que permanecieron se habían reunido en torno a Jim, dándole la bienvenida nuevamente a esa pequeña ciudad que parecía querer reinventarse para olvidar el pasado.

—“Quieren poner un centro de investigación tecnológica o algo así, escuché que tiene que ver con las computadoras...” —Jim caminó lentamente hacia la cocina, olvidando momentáneamente su queja sobre la televisión de porquería que tenía suerte de no haber sido convertida en una pila de basura barata, iniciando con las noticias que había escuchado entre sus viejos conocidos. Por supuesto, Eleven sabía todo al respecto desde que se había metido en el asunto de los permisos, temerosa de que se usarán señales de onda que afectasen la sensible capa de la realidad de Hawkins, pero todo estaba bien al final.

—“¿No es eso algo bueno?” —En verdad, a ella ya no le importaba mucho el asunto en ese momento, sus preocupaciones se habían desviado a otros temas, cosas que no le había contado a su padre porque sabía qué tan preocupado podría ponerse.

—“¿Lo es?” —respondió dubitativo. —“No sé mucho de esas cosas, pero... ¿No afecta, ya sabes... la puerta?”

—“En realidad no... trabajan con las ondas de televisión y teléfono normales, así que está bien, papá. Quizá lo único preocupante es la migración masiva de personas que empezó con la construcción... ya sabes, gente nueva merodeando aprovechando todo el movimiento.” —La mujer de treinta años de rostro sonriente empezó a sacar los platos de unicel de las bolsas para colocar las porciones en platos de cerámica. Y Jim hizo su camino hacia el refrigerador de dos puertas, en busca de un par de cervezas.

Eleven miró con un suave reproche a su padre; si bien Jim había dejado atrás los días donde el alcohol era el único líquido que recorría su garganta, a Eleven no le agradaba mucho la idea de verlo beber nuevamente debido a las enfermedades crónicas por la edad que tenía el ex comisario.

—“Sólo una por hoy, ¿sí?” —Eleven negó con la cabeza, como si aquel número fuese común en su día a día mientras miraba esa cara

de cachorro que su padre le presentaba cuando quería ser malcriado. Sin duda, los roles se habían cambiado en cierto momento que ni siquiera se dieron cuenta, pero ya era cotidiano para ambos.

Una cena sencilla para dos, una cerveza, una cálida charla a la luz tenue de la tv vieja, los ronquidos de su padre dormido en el sofá y ese silencio incómodo cuando amablemente llevabas su única familia a la habitación que le pertenecía en medio de palabras somnolientas y pasos cortos que cada día se sentían más pesados, sosteniendo una mano cada vez más delgada y arrugada.

Y en la penumbra del silencio nocturno, Eleven se quedaba como las últimas noches de ese otoño, contemplado lo que pasaba en su mente inquieta, somnolienta a fuerza de esos sueños extraños, de esos niños que sorteaban monstruos tan terribles, superponiendo los recuerdos de su propia infancia con las vivencias de esos pequeños.

Tomó su cabeza con ambas manos, sumiéndose en ese sofá de dos plazas que ella ocupaba normalmente y que era un poco más nuevo que el sofá de su padre; un suspiro pesado salió de sus labios torcidos por la amargura de esos recuerdos de cuando ella no era una niña, si no un número en una jaula.

El zumbido de la televisión danzó hasta sus oídos. La había encendido inconscientemente, pensó. No había ocurrido algo así desde que era una adolescente sin control.

Cansada por las pesadillas y los recuerdos agri dulces de una época que nunca volvería, Eleven estaba perdiendo un poco el control de sí misma. Decidió que tenía suficiente de esa mierda por esa noche y trató de apagar la tv con el control remoto, sin embargo, no hubo respuesta más que la estática y una canción extraña que no podía identificar...

Fue en ese momento que lo sintió. Esa cosa, esa silueta delgada y humanoide dentro de la pantalla, ese ser que perseguía a dos niños.

La música de fondo parecía haber entrado en un bucle enfermo y rápido, mientras que las imágenes en la televisión se veían cada vez más nítidas.

Dos niños huyendo, una niña gritando, los pasos que la propia Eleven sentía tras ella como ecos de un terremoto humano inminente.

No supo cuánto tiempo se quedó ahí, como una sombra, observando en los caminos de los hilos de la gran cobija a la que llamaba universo, pero le pareció eterno.

Fue una eternidad insoportable cuando observó a la niña del impermeable ser atrapada por el hombre alto que irradiaba esa misma aura que el demogorgon, cuando vio al niño de la bolsa de papel en la cabeza temblar de miedo y acurrucarse sin poder hacer nada para salvar a su compañera.

Ese miedo paralizante que compartió en esa observación impotente de aquel lugar misterioso que no era el mundo oscuro que conocía, si no otro, de tintes más negros todavía.

Eleven estiró la mano para ayudar a la niña que pedía silenciosamente por auxilio; su nariz sangrante a esas alturas ya había teñido su barbilla hasta su pecho, pero no le importó.

No le importó el dolor, la incorporeidad, el tiempo silencioso y lento que ralentizaba su propio no cuerpo en ese mundo...

Y todavía, no pudo hacer nada.

No pudo moverse lo suficientemente rápido, ni siquiera pudo levantar un dedo. Sintió cómo su cuerpo fue expulsado, siendo succionada hacía el fondo de las sombras y las pesadillas, empujada hacia afuera, más afuera, hasta que lo único que quedó fue ese silencio en la sala y la misma Eleven cubierta de sangre, de su sangre.

No había sido un sueño.

## 2. Promesas incumplidas

### Summary for the Chapter:

Eleven busca la manera de abrir la puerta hacia el mundo en el que Mono y Six están atrapados. Un pequeño vistazo a su pasado y a lo que vivieron los niños.

### Notes for the Chapter:

Escribir esto ha sido liberador. Estoy emocionada, amo a Mono y si fuese posible borraría el final trágico que tiene en LN2.

+

Mono miró el piso, aterrado; todavía no podía respirar adecuadamente tras la persecución tan terrorífica que había tenido, dónde Six había sido llevada por ese monstruo alto y atemorizante que había salido de la televisión.

Se culpó a sí mismo, maldiciéndose internamente, mordiéndose los labios para callar el llanto naciente que oprimía su pecho. Ni siquiera la bolsa de papel podía cubrir la zozobra que sentía.

Lentamente, después de un rato, miró el lugar donde una sombra parecida a Six lo miraba en silencio, como si lo acusara. Como un residuo de su crimen en ese mundo que lo odiaba y luchaba por verlo fracasar, como si el mismo universo se riera de él y su incapacidad para cumplir sus promesas.

Él lo había dicho, aquella vez luego de salvarla de los bullies de porcelana, escondidos en una habitación derruida de un edificio mientras descansaban un rato de su largo viaje en busca de un lugar seguro. Todavía sentía la cálida sensación de la piel rasposa de las manos de Six entre las suyas, y su voz queda y suave quejándose del frío. La tenue luz de la calle contigua se filtraba por la ventana



reforzada con unas cuantas tablas, también dejando entrar el viento frío de la noche.

Six estaba a medio dormir, tumbados ambos en un viejo colchón. Antes de eso habían empujado unas cajas en la puerta, no eran pesadas, pero si algún monstruo o zombie televisivo entraba, les daría tiempo de huir hacía la ventana que estaba a pocos pasos.

— “Sabes... yo... lo siento, Six .”

La niña que ahora vestía un impermeable amarillo parecía estar más atenta a su propia somnolencia, aunque respondió luego de un rato, como si le costara mucho mantenerse aún despierta. No era para menos, de ambos, ella es la que había visto y sufrido más en esa vieja escuela del horror en la que se habían metido por mala suerte.

— “¿Por qué?” —Su voz cansada y quejumbrosa apenas si se podía escuchar, sin estar muy segura de qué es lo que estaba hablando Mono.

— “Fue mi culpa...” —Le dijo, se levantó un poco la bolsa que cubría su rostro, como si lo que estuviese a punto de decir fuese algo tan importante para que sólo fuese dicho de esa manera, sin esconderse. Aquella fue la primera vez que Six miró el rostro de Mono, aunque su somnolencia la hiciera verlo borroso. Luego, Mono suspiró, o eso creyó ella, y empezó a hablar como si estuviera arrepentido y dolido. —“Prometo que nunca más te pondré en peligro, que evitaré llevarte a lugares tan terribles como la escuela. ¡Nunca, nunca más dejaré que te lleven de mi lado!”

Esa vez, sus manos temblaron, nerviosas por lo que había prometido, jurándose a sí mismo a cumplirlo incluso a costa de su propia vida. Para Mono, Six era lo único que tenía en el mundo, una pequeña luz amarilla como su impermeable y cálida que estaba a su lado sin importar qué tan terrorífico y terrible fueran las cosas.

Y, sin embargo, esa promesa estaba vacía, muriendo nada más nacer, incluso si Mono de verdad quería cumplirla, si lloraba lágrimas de sangre por la seguridad de la niña que era lo más importante para él.

Fue culpa de Mono que el hombre alto los persiguiera, fue culpa suya



delgados brazos en busca de una mano amiga, de la mano de ese niño asustado y tembloroso que se escondió debajo de la cama en ese mundo torcido.

Y ese pequeño de la bolsa en la cabeza... Eleven no lo había visto a detalle, pero sintió algo. Escuchó la voz de su corazón atormentado pidiendo perdón, tembloroso y oscuro, los golpes de auto odio que martillaban su pecho fueron transferidos a ella como susurros punzantes, grabando el nombre de la niña en su propio pecho.

“Six”

Six y Mono eran los nombres de esos pequeños que sólo vio por poco tiempo, pero que se anclaron en su pecho y mente tan profundamente que le sería difícil fingir que todo estaba bien en ese momento. Y es que en realidad nada estaba bien.

Ninguna mierda estaba bien si había dos niños solos y comunes en ese mundo tan torcido y horrible como había pasado antes con Will.

Sus manos delgadas y fuertes golpearon su rostro con el agua que había juntado. La llave del lavabo seguía corriendo todavía cuando sintió el frío del líquido recorrer su piel y bajar hasta su cuello. Cerró el paso de agua luego, mientras miró su reflejo en el espejo frente a ella. Sus ojos castaños eran los mismos de siempre, incluso si el rostro ya no lo era. La imagen de su yo infantil e inocente se superpuso, y fue cambiando gradualmente. Su yo adolescente, rabiosa y visceral, su yo joven en búsqueda del padre al que le habían arrebatado, su yo deprimida por ver a Mike morir... incluso su yo actual, todas tenían algo en común, y eran esos ojos que no veían en pasar del tiempo a pesar de todo.

¿Debía hablar con Jim al respecto? ¿Debía intentar de buscar un método, abrir la puerta nuevamente con riesgo a dejar entrar otras cosas desconocidas como antaño? ¿Qué tal si fallaba y abría la puerta equivocada? ¿Qué tal si se perdía en la oscuridad y las líneas del entramado del mundo?

Se recordó a sí misma qué era... quien era. No sólo era Eleven, también era Jane. Tenía un padre que la apoyaba, que había sufrido tanto que no quería volver a involucrarlo en cosas peligrosas nunca

más, pero tampoco quería abandonar a esos niños. El mismo Jim no lo haría, y ella no haría algo que su padre desaprobaba.

No, Jim Hopper no era un hombre que abandonaría a pequeños como Mono o Six, como la misma Eleven.

Fue en ese momento, que la sospecha sobre el origen de los niños nació en su pecho.

Mono, Six . Nombres como el de ella, nombres de número, de especímenes de experimentación. El horror de que el gobierno de nuevo empezara a involucrarse en los multiversos que yacían sobre la tierra erizó su piel.

Nunca había vuelto a ver a Brenner, e incluso si los agentes de la CIA que habían manejado su caso y le pidieron ayuda más adelante para cerrar otras puertas que los soviéticos habían abierto juraban que nadie del gobierno sabía de él más que había desaparecido, ella no lo creía.

Su mente trabajó a mil por hora... Nombres de número, niños normales en un mundo monstruoso sobreviviendo por su cuenta, un portal imperfecto en la televisión.

Necesitaba ayuda, sin duda, pero no tenía muchos a quien pedirla. En Hawkins sólo estaban ella y Jim.

— "Dustin..." —El nombre del actual investigador de la NASA llegó a su mente. Había pasado tiempo desde que hablaron, pero él siempre estuvo dispuesto a ayudar. Se había mudado tiempo después de ingresar a la universidad, sin embargo, estuvo con ella cuando lo de Mike y en otros eventos que la CIA encubrió como parte del equipo técnico. En ese momento, ella estaba segura de que si iba a sus contactos con el gobierno no sólo negarían la posibilidad de que los niños fuesen del país, si no que la instarían a olvidar el tema. Mientras las puertas permanecieran cerradas, el gobierno no se movería.

No sabía si podía convocarlo en ese momento o siquiera si él podía ayudarla a buscar una manera efectiva de rescatar a los niños, pero al menos quería intentar hablar con él. Quizá confiar en un viejo amigo

aclararía su mente.

Era un viernes por la mañana, por lo que no podría contactarlo en ese momento, así que, con el nerviosismo formando un hueco en el estómago, tenía que esperar, a pesar de que en realidad no quería hacerlo, o más bien, no podía.

No sabía si los niños estaban bien, si la niña llamada Six seguía con vida. Esperaba con todas sus fuerzas que lo estuviera.

Había intentado volver a entrar a ese mundo con su poder, al menos para saber si Mono estaba a salvo, pero no pudo. La televisión sólo le mostró su estática dura y espesa cada vez que trataba de volver a ese lugar, buscando entre el tejido del universo, fue en ese entonces que supo que no podía hacerlo sola.

Eleven no tenía dinero, poder o siquiera contactos suficientes para ir y exigirle al gobierno que la ayudaran en su empresa actual. Tampoco es que lo quisiera, pero si la posibilidad de que le hicieran caso fuese real, aunque sea mínima, lo hubiese hecho, incluso si eso significaba perder un poco su dignidad.

Así inició su día a día, con un hueco en el estómago y un café caliente hecho por las manos arrugadas y manchadas de Jim, quien, al verla bajar con el aspecto cansado, se preocupó.

— “¿Estás bien, Jane?” —Él siempre había sido perceptivo con esas cosas, al menos cuando se trataba de ella, así que maldijo internamente y simplemente sonrió, con una sonrisa pesada que fue difícil de levantar.

— “Sólo estoy cansada, nada de qué preocuparse. Me desvelé un poco, nada más...”

Una parte era verdad, aunque Jim simplemente asintió sospechosamente, como si dudara al respecto. No sería la primera vez que ella tuviese problemas que no quería decirle. Por ejemplo, cuando se enredó con Eloise y descubrió su bisexualidad, o cuando creyó que había vuelto a encontrar el amor con Albert, aunque ninguno fue tan delicado o tan importante como lo que ahora ocultaba.

— “¿ Volvieron a molestar esos hijos de perra de la CIA? ¿Es eso?” — Eleven quería que fuese el caso, al menos sería más fácil lidiar con ese tipo de mierda, pero no era así, así que negó con la cabeza tranquilamente y suspiró.

— “Ya te dije, es sólo un pequeño desvelo normal por leer, no tienes por qué preocuparte...”

Jim asintió, todavía dubitativo, mientras Eleven maldecía ese pequeño sexto sentido que su anciano padre tenía cuando se trataba de olfatear problemas cerca. Por supuesto, ella todavía estaba con ese sentimiento mierda en el estómago que parecía no querer irse y que, seguramente, no lo haría hasta que ella hiciera algo al respecto. Algo como entrar a la puerta que la llevaría con esos niños.

Como todos los días, subió a su camioneta y emprendió su viaje cotidiano a la central, donde un pacífico Ramírez la esperaría con una sonrisa mientras le dejaba los asuntos más importantes que atender en ese momento. No era como si el pueblo pacífico que era Hawkins antes de que creciera explosivamente hubiese mutado tanto, pero había temporadas donde los disturbios entre ciudadanos ebrios se extrañaban. Afortunadamente, por el momento, no había cosas más relevantes que unos pocos robos sin violencia a manos de las pequeñas bandas de delincuentes juveniles que se habían instalado en los alrededores. Fáciles de detectar, fáciles de atrapar, pero complicadamente difíciles de manejar como un síntoma de la urbanización explosiva que amenazaba a la ciudad con convertirla en una de esas urbes fuera de control tan comunes en esos tiempos de modernización desordenada.

Predictivamente, Ramírez la recibió con las últimas novedades: dos adolescentes no identificados rompieron propiedad pública durante la noche. Las televisiones y las pantallas de los ordenadores de la biblioteca del centro de la ciudad se encontraron rotas por completo y un vecino asegura que pudo ver un par de chicos a esa hora rondando por ahí cuando salió a su balcón a fumar un poco.

Ramírez era un buen secretario; incluso si era un poco tímido y, quizá, un cobarde consumado, era una buena persona. Su divorcio lo había sumido en una depresión que pronto superó con su trabajo duro, aunque no hizo nada al respecto de las acusaciones de su ex

esposa sobre su falta de masculinidad. Y no es que Ramírez fuese gay, aunque a Eleven no le importaba, si no que era un hombre sensible y frágil que bien podría ser protegido en lugar de proteger a alguien. Como un trabajador, era implacable; como una persona, demasiado dubitativo incluso consigo mismo.

Por supuesto, su aspecto era el de un hombre normal que cuidaba de sí mismo y de su salud, de eso no había duda. Quizá el único defecto, a los ojos de Eleven, era su miedo a objetos tontos como las mariposas y todo animal que le pareciese asqueroso. Aunque, debía aceptar, sus pequeños gritos cuando encontraba algo así eran graciosos; tal vez por eso, Ramírez había elegido ser un secretario en lugar de un agente activo en la policía, a pesar de que tenía esa inquisitiva vena de lo correcto y la moral que le recordaba a Jim.

— "Pon a cargo a Hillsman y Freeman, ¿algo más?"

— "No, por ahora es todo... ¡Oh, cierto! La computadora de archivo ha estado fallando últimamente, ¿cree que es posible pedir un reemplazo?"

Eleven se reclinó sobre su asiento, tocándose la cabeza; las cosas administrativas de su puesto eran un incordio que en ese momento no quería ni siquiera pensar, así que se lo dejó a Ramírez y pidió un vaso con agua.

Ni siquiera pasó una hora, cuando una llamada telefónica que había ansiado desde la noche anterior llegó a su oficina, como si quien estaba tras el auricular le hubiese leído la mente.

— "¿Eleven?" —La voz de Dustin, intranquilo, le sonaba tan familiar como siempre, como cada vez. Esperaba que Lucas estuviese bien y su llamada no se tratara de ninguna emergencia con respecto a su estado.

— "¿Dust ? ¿Pasa algo? ¿Está bien Lucas?" —Estaba nerviosa; usualmente, Dustin no la llamaría de pronto, a pesar de que intercambiaban correos asiduamente. Si había una llamada de por medio, estaba segura, es que ocurría algo.

— "Sí, sí, él está bien. Sólo... ¿Tienes tiempo este fin de semana?" —

El tono de Dustin era serio, algo extraño en él; no sabía qué es lo que había ocurrido, pero la hizo preocuparse. El hecho de que Dustin trabajara para el gobierno abrió muchas teorías en la mente ya de por sí cansada y paranoica de Eleven debido a los acontecimientos recientes.

Durante un mes completo, ella creyó tener pesadillas que representaban sus días pasados con Mike y el terror de las criaturas extrañas a las que se había enfrentado. Luego, pensó que era debido a las fechas cercanas al aniversario luctuoso del amor de su vida, hasta que la noche anterior se dio cuenta de que no eran ni representaciones, ni sueños, ni nada común que estuviera pasando en su mente atormentada con su pasado distante.

— "Si... de hecho... yo también quería preguntarte algo."

— "¿ No es algo que se puede decir por teléfono, cierto, El?" —Lo sabía, Eleven sabía que Dustin también había notado cosas raras. El hombre en el que se había convertido su amigo de la infancia era demasiado inteligente y precavido con el tema de las puertas. Siempre estaba vigilante, siempre estaba con un ojo en Hawkins y en los otros lugares donde se habían abierto otras.

— "Como siempre, eres demasiado listo, Dust ."—Ella estaba en cierto modo aliviada. Dustin era quizá el amigo más cercano que le quedaba, si no el único. Siempre estuvo allí incluso cuando su vida peligró, al igual que Lucas. Lucas, el joven que quedó atrapado en una cama de hospital en su última aventura, sin despertar. Por supuesto, ella trató de traerlo de vuelta. Intentó tantas y tantas veces sortear su mente quebrada y oculta en la inconsciencia, pero no pudo. Su más grande y fatal fracaso, y la pérdida de otro de sus más cercanos amigos. Un recuerdo amargo traído con una voz familiar y cálida. No le sorprendería a esas alturas que una lágrima escurriera por su mejilla, consciente de que estos últimos tiempos ella estaba muy sensible.

— "Ese es el viejo Dusty para ti, El." —La mujer soltó una risa pequeña, rememorando las épocas donde todos estaban juntos. Quería volver a esos tiempos, donde ninguno había sido herido, donde nadie se había perdido. Donde Will parecía haber superado sus problemas tras el tiempo perdido en el otro lado. Pero esos tiempos



no volverían, debía enfocarse en el ahora y en proteger a quien podía.

— "Te estaré esperando con las puertas abiertas." —Una despedida agri dulce, a sabiendas de que lo que vendría con su viejo amigo era más una misión que una alegría y el reencuentro ocasional que venía cada año para honrar a los caídos; el estómago de Eleven se apretó más, y su garganta se secó como si estuviera en un desierto. Si tan sólo ella pudiera evitar arrastrar a Dustin a esto, si tan sólo pudiera proteger mucho más al único amigo de pie que le quedaba.

Se hizo una promesa, no permitiría que él entrara con ella. Si él podía abrir una puerta, se quedaría en Hawkins, a la espera. Ya no quería perder más, pero tampoco quería dejar a Mono y a Six en ese mundo espantoso.

También necesitaba saber... necesitaba entender cómo es que esos niños llegaron a ese mundo, o si pertenecían a él, aunque lo último debería ser falso. Ella había visto a los niños de porcelana en sus sueños, lo más cercano a lo que sería un niño en su versión monstruosa como esos adultos torcidos y gigantes. Eleven estaba segura de que ningún niño normal crecería allí, rodeado de tantos peligros; algo le decía que, en realidad, esos niños no podían pertenecer a ese mundo de pesadillas.

Y si esa punzada era verdad, significaba que algo o alguien los había llevado allí.

Lo primero que cruzó por su cabeza al pensar en ello, fue el centro de investigaciones en el que vivió sus primeros años, aquella habitación blanca y solitaria y ese hombre que se hacía llamar su "padre".